

obrar, no solamente, como dice el Sabio (1), excelente, sino excelentísimo, aumentando cada día innumerables grados de excelencia, porque en cada obra echaba el resto de sus fuerzas espirituales, obrando con todo el afecto de corazón que le era posible (2), y como nuestro Señor paga de contado á los fervorosos, premiándoles luego y dándoles todo el aumento de gracia y caridad que han merecido con la obra que hacen; de aquí es que la Virgen, con cada obra que hacia, redoblaba las fuerzas que tenia, y aumentaba al doble la caridad con que amaba, y así cuando volvía otra vez á ejercitar el amor, amaba con doblada intencion que antes; y de esta manera iba creciendo cada día con un aumento incomprensible, porque la caridad, como dice santo Tomás (3), en esta vida no tiene término en el crecer, y el fuego de la Virgen nunca decia basta (4).

2. De aquí es que la Virgen nuestra Señora, eminentísimamente cumplia aquel precepto que dice: *Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas* (5); porque todas las empleaba en amarle con cuanto caudal tenia, y con toda la continuacion que era posible en esta vida mortal, ayudándola los títulos que para amar á su Hijo tenia, como se ponderó en la parte IV (*en la medit. I, punto 8.º*) De la misma manera cumplia excelentísimamente aquella peticion del *Pater noster*, haga-se tu voluntad en la tierra como en el cielo; porque la cumplia en todas las cosas grandes y pequeñas, con tanto amor, y con tanta pureza de intencion, y con tanta diligencia y fervor, como la cumplen los Ángeles del cielo, y con mucho mayor, sacando lo que es propio del estado de los bienaventurados.

3. También se esmeraba en dilatar cada día mas su corazón y ensancharle, para recibir mayores dones de Dios, con la confianza grande que tenia en su bondad. De donde procedia que, como dice Isaias, cada día mudaba su fortaleza (6), añadiendo nuevo aumento, cobraba nuevas plumas, y como águila volaba á la cumbre de la perfeccion, corria sin trabajo y andaba sin desfallecimiento, alegrábase como gigante, para correr su carrera con grande ligereza, hasta lo supremo de ella (7). O Virgen gloriosísima, hija del Príncipe soberano, ¡cuán hermosos son los pasos que dais con vuestros piés, calzados con virtudes tan divinas (8)! ¡ Oh cómo caminais prósperamente cada día, como la mañana cuando sale, hermosa como la

(1) Eccli. xxxiii, 23.—(2) D. Thom. 2, 2, q. 24, a. 2.—(3) 2, 2, q. 24, art. 7.  
(4) Prov. xxx, 16.—(5) Dent. vi, 5.—(6) Isai. xl, 31.—(7) Psalm. xviii, 6.  
(8) Cant. vii, 1.

*luna, escogida como el sol, y terrible como escuadrones de ejército muy concertado* (1)! Comenzais vuestras obras como la mañana, creciendo en la luz hasta el perfecto día (2); proseguílas como luna llena, llenándolas con la plenitud de la conformidad con la divina voluntad; perfeccionáíslas como el sol con singular excelencia, alumbrando con ellas al mundo y encendiéndole en amor del Criador; y finalmente todas son como un ejército de virtudes muy concertado, terrible á los demonios y favorable á los escogidos, cuya protectora sois; tomadme debajo de vuestra proteccion, para que con vuestro favor crezca cada día de virtud en virtud, hasta que llegue á ver el Dios de los dioses en Sion, por todos los siglos. Amen (3).

## MEDITACION XXXIV.

## DEL GLORIOSO TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar los vivos y encendidos deseos que tenia la Virgen, especialmente en los últimos años de su vida, de ir á Dios y estar junto con su Hijo; los cuales nacia no de tedio de la vida presente, ni de horror á los trabajos que padecia, sino de puro amor; el cual, cuando es muy grande, suspira grandemente por la presencia de su amado, y no halla descanso sino es en verle; y como era tan leida en las divinas Escrituras, de ella sacaba las palabras de su afecto; unas veces hablando consigo misma diria con David: *¡Ay de mí! que se ha dilatado mucho mi peregrinacion, morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar, muchos días ha sido mi alma peregrina en esta vida* (4). Otras veces hablando con Dios diria: *Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios; mi alma tiene sed de Dios, fuerte y vivo; ¿cuándo tengo de ir á aparecer en la presencia de mi Dios* (5)? Saca ya, Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo, para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando á que me des la corona de justicia que me tienes prometida (6). Otra vez hablando con los Ángeles que la visitaban les diria aquello de los Cantares: *Conjúroos, moradores de la celestial Jerusalem, que si topáredes á mi Amado, le digais como estoy enferma de amor; decidle que mi espíritu desfallece, y mi carne se debilita con el deseo que tiene de verle y gozar de él* (7).

(1) Cant. vi, 9.—(2) Prov. iv, 18.—(3) Psalm. lxxxiii, 8.—(4) Psalm. cxix, 5.  
(5) Psalm. xli, 23.—(6) Psalm. cxli, 8.—(7) Cant. v, 8.

2. Pero tambien es de creer, que algunas veces dentro del corazon de la Virgen habria una santa contienda, como dice de si san Pablo, entre el amor de Dios y el amor del prójimo; porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatado y estar con Cristo, mas el amor del prójimo decia que era necesario quedarse acá por hacerle bien (1); y como estaba tan resignada en la divina voluntad, con una excelentísima obediencia diria lo que dijo despues san Martin (*in ejus vita*): Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehusó el trabajo, hágase tu voluntad. ¡Oh Virgen inefable, que ni fuiste vencida del trabajo, ni lo serás de la muerte, ni temiste morir, ni rehusaste vivir, queriendo solamente lo que quiere Dios! ¡Oh si viviese yo de tal manera, que pudiese imitar tus fervorosos deseos con tu santa resignacion, deseando la muerte con alegría, y sufriendo esta vida con paciencia!

3. Finalmente, cuando la Virgen sintió que le faltaban pocos dias de vida, comenzó con nuevo fervor á aparejarse para la partida, ejercitando actos de virtud mas esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares: *Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor* (2); como si dijera, hablando con sus mismas potencias: La fuerza del amor me va consumiendo la vida, producid nuevas flores y frutos celestiales; brotad meditaciones, afectos y obras olorosas, que alivien mi enfermedad y me dispongan al fin de ella. En estas tres cosas dichas tengo de imitar á la Virgen, aparejándome para la muerte con deseos encendidos de ver á Dios, con resignacion en su voluntad y con obras mas perfectas, aumentando el fervor cuando presumo que está cerca la partida; porque no carece de falta ser tibio en desear ver á Dios y alcanzar la bienaventuranza; y así se lee que hay cierto modo de purgatorio en la otra vida, que llaman purgatorio del deseo (3), para castigar las tibiezas de los que no tuvieron deseos de ver á Dios.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se han de considerar las cosas que precedieron á la muerte de nuestra Señora, ponderando primeramente, como Dios nuestro Señor, aunque preservó á la Virgen de la culpa original, no quiso preservarla de la muerte del cuerpo, que fué su efecto, sino que pasase por ella, como todos los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte (4). Y para que la Virgen imitase en esto tambien á su Hijo, el cual murió para remediarnos con su muerte, y para que

(1) Philip. I, 23. — (2) Cant. II, 5. — (3) Blos. in Monili spirituali, c. 13.  
(4) Hebr. IX, 27.

mereciese mucho, venciendo esta natural repugnancia que tiene la carne á morir, pues, como dice san Pablo, no queremos ser despojados del cuerpo, sino recibir en él la vestidura de la gloria (1), y tambien para que diese á todos ejemplo raro de virtud en su muerte, y se compadeciese de los que mueren, como quien pasó por aquel trabajo, porque habia de ser nuestra abogada en la hora de la muerte. De donde sacaré títulos para suplicar á la Virgen me socorra en aquella hora, alcanzándome algun favor de los muchos que ella recibió entonces, diciéndola con mucho espíritu aquellas palabras del Ave María: Rogad por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Y el otro himno que dice: María, madre de gracia, madre de misericordia, libradnos del enemigo y recibidnos en la muerte.

2. Lo segundo, consideraré como llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de la Virgen, su Hijo la envió al arcángel san Gabriel, para que la diese la nueva de ello; vendria resplandeciente, como cuando vino á anunciarla la encarnacion del Verbo divino; y es de creer que entraria con la misma salutacion diciéndola: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, por el fruto bendito de tu vientre Jesús (2). De su parte vengo á decirte, como ya es llegada la hora en que quiere llevarte consigo y premiarte los servicios que le has hecho, y dar juntamente contento á todos los cortesanos del cielo, que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía. ¡Oh qué sentimientos tan elevados tendria la Virgen con tal nueva! Por una parte llena de júbilos de alegría, diria con David: *Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir á la casa del Señor* (3). Y por otra parte con grande resignacion repetiria tambien la respuesta que dió la otra vez al mismo Angel, diciéndole: Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Estos dos afectos tengo de ponderar y guardar en mi corazon, para la hora en que me dieren la nueva de mi muerte, pues gusta Dios que la reciba con alegría y resignacion.

3. Lo tercero, consideraré como milagrosamente vinieron los Apóstoles y muchos otros discípulos á estar presentes á la muerte de la Virgen, mas para provecho de ellos, que para consuelo suyo, aunque se consoló mucho con su vista (4). Todos lloraban su ausen-

(1) II Cor. V, 4. — (2) Niceph. lib. 2, c. 21. — (3) Psalm. cxxi, 1.  
(4) Dionys. c. 3 de divin. nom.; Damascen. Juven. Lipoman. Serm. de Assumpt. Virgin.

cia y se encomendaban en sus oraciones; y ella consoló á todos y les dió consejos muy saludables, y á imitacion de su Hijo oró por ellos y echóles su bendicion con grande afecto, ofreciéndose á ser su abogada en el cielo. ¡Oh Madre dulcísima! huérfanos quedamos en la tierra si Vos os vais al cielo; pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde el cielo, seguros viviremos en la tierra. Subid en buena hora, pues con vuestra bendicion nos dejáis prendas de que subiremos con Vos á gozar de vuestro Hijo por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Llegada ya la hora, bajó Cristo nuestro Señor del cielo por su Madre, cumpliendo con ella la palabra que había dado á los Apóstoles cuando les dijo: Si me fuere para aparejaros lugar en el cielo, yo volveré otra vez y os llevaré conmigo (1). Y es cierto que trajo innumerable multitud de Ángeles, para que se hallasen presentes á su muerte, echando de allí á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. ¡Oh qué palabras tan regaladas diría el Hijo á su Madre! no alcanza nuestro entendimiento á rastrearlas, si no es por las que están escritas en el libro de los Cantares. Diríala con grande amor: *Levántate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias* (2), y es llegado el fin de tus trabajos. Ven, ó Esposa mía, del Libano, y de los demás montes altos y fértiles de virtudes en que has morado (3); deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y montes de tigres; ven, y serás coronada con la corona de justicia, que tan bien has merecido.—En viendo la Virgen á su Hijo, y oyendo las palabras que la decia al corazón, es de creer que con la grande caridad que tenia le pediría consolase á sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendicion. Y luego, acordándose del modo como su Hijo espiró en la cruz, diría las mismas palabras que él dijo: *Ó Padre mio en cuanto Dios, é Hijo mio en cuanto hombre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu* (4); y en diciendo esto espiró. ¡Oh cuán preciosa fué la muerte de esta Señora en los ojos de Dios, ante quien es preciosa la muerte de sus santos!

2. Lo primero, porque no murió tanto de enfermedad del cuerpo, como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales, y así pudo decir que estaba enferma de amor: *Et vulnerata caritate ego sum*, y llagada con la caridad, cuya llaga penetró su alma y la sacó del cuerpo, para ver al mismo que ella llagó con la union de su encendida caridad (5).—Lo segundo, porque mu-

(1) Joan. xiv, 3.—(2) Cant. ii, 10.—(3) Cant. iv, 8.—(4) Psalm. xxx, 6.—(5) Cant. ii, 5.

rió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz. Y porque fué tan grande la alegría que tenia su alma con la presencia de su Amado, que no sintió apartarse de su cuerpo, cumpliéndose en ella lo que dice la Sabiduría, *que el tormento de la muerte no toca á los justos, porque sus almas están en las manos de Dios* (1).

3. Lo tercero, porque todas sus obras, que eran muchas y muy esclarecidas, se juntaron entonces, manifestándose las Dios para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen (2), ¿cuánto mas bienaventurada sería la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban? Si es bienaventurado el siervo á quien el Señor halla velando cuando viene á su casa (3), ¿cuánto será mas bienaventurada esta Virgen que nunca durmió sueño profundo, como las virgenes locas (4), ni aun sueño ligero, como las prudentes, sino siempre estuvo en vela? Si el justo, como dice el Sabio, tiene grande esperanza en la hora de su muerte (5), ¿cuánto mayor la tendría esta Reina de los justos? ¡Oh si mi alma muriese la muerte de esta Señora, que por excelencia merece el nombre de justa, y mis postrimerias fuesen semejantes á las suyas (6)! ¡Oh Virgen santísima! para que mi muerte sea en algo semejante á la vuestra, alcanzadme que viva llagado de amor, y tan lleno de buenas obras, que no me toque el tormento de la muerte; justo es que me toque el tormento corporal de la muerte, pues es pena merecida por mi culpa; pero no me toque su tormento espiritual, afligiéndome con temor demasiado, con desconfianza y desmayo de corazón.

PUNTO CUARTO.—1. Despues que la Virgen espiró, dieron sepultura á su bienaventurado cuerpo, con grande pompa del cielo y de la tierra; de modo que podemos decir de ella lo que dice Isaias de Cristo, que su sepulcro fué glorioso (7), porque concurren á él la gente mas gloriosa de la tierra y los del cielo, es á saber, los Apóstoles y muchos discípulos, los cuales iban cantando himnos y alabanzas á Dios y á su Madre, como el Espíritu Santo se las ponía en el corazón y en la boca (8); y tambien vinieron los coros angelicales que seguian el cuerpo, y estuvieron tres dias en el sepulcro con música celestial, honrando á la que era Reina suya y estaba allí depositada.

(1) Sap. iii, 1.—(2) Apoc. xiv, 13.—(3) Luc. xii, 37.—(4) Matth. xxv, 5.—(5) Prov. xiv, 32.—(6) Num. xxiii, 10.—(7) Isai. xi, 10.—(8) Ex Doctoribus sup. citatis.

2. Lo segundo, fué tambien glorioso, por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerabilísimo cuerpo, porque aunque mientras vivió no hizo milagro, parte por humildad, parte por dejar esto á los Apóstoles y predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro muy mas glorioso que la vida del Bautista; pero en muriendo quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros, como honra á otros Santos.

3. Y finalmente fué glorioso, porque puesto caso que los Apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Virgen tiernamente, pero es de creer que luego les daria nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual, acordándose que tenian en el cielo á su Madre y abogada que miraria por ellos. Ó Virgen soberana, de la manera que puedo quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y de Ángeles, para cantar con ellos vuestras alabanzas. Justo era, pues que vuestro cuerpo fué sepulcro gloriosísimo donde el Verbo eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres dias. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Criador, y dentro de tres dias ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razon era que en estos tres dias los Ángeles le sirviesen de lengua, para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo eterno, por la honra que haceis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros para siempre en la gloria. Amen.

### MEDITACION XXXV.

DE LA ASUNCION DE LA VIRGEN, CUANTO AL ALMA, SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ANGELES, DE SU GLORIA ESENCIAL, Y DE SU CORONACION.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la gloriosa subida y entrada de la Virgen en el cielo empíreo, porque en espirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fué glorificada. Pero meditando esto á nuestro modo, como si hubiera sucedido poco á poco, primero ponderaré los dulces abrazos que se darian Madre é Hijo, en aquella primera salida, con un gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito (1): Su mano izquierda está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abra-

(1) Cant. II, 6.

zará; porque mientras vivió, la sustentaba con la contemplacion de los misterios y obras de su humanidad, significada por la mano izquierda: pero en muriendo la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. ¡Oh qué gozosa estaría esta alma benditísima en aquel primer instante! ¡Con qué afecto diria: *Hallado he al que ama mi alma; asirle he y no le dejaré* (1), hasta que me entre y lleve consigo á la casa de mi madre la celestial Jerusalem! Ó Virgen soberana, negociadme tal pureza de vida y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de su Amado, y suba con él á la casa de mi Madre, donde Vos, Madre mia, morais gozosa con vuestro Hijo, por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales que iban con la Virgen celebrando su Asuncion. Saludábanla, como dice san Atanasio (2), con varias saluciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanle el parabien de las grandezas que Dios habia obrado en ella, y á una voz entonaban todos la salutacion de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo entregándome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo, como los hebreos el de Judit. Ó Virgen gloriosísima, *tú eres gloria de Jerusalem*, así de la militante como de la triunfante. *Tú eres alegría de Israel*, así de los que ven á Dios por la contemplacion en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra: *tú eres honra de nuestro pueblo* (3), porque obraste siempre varonilmente, y amaste la castidad, sin jamás conocer varon. Por esto serás bendita para siempre; y por tu causa serán benditos los que por tí fueren amparados.

3. Lo tercero, ponderaré como subia esta Señora, no llevada por manos de Ángeles, como fué llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraham, sino por las manos de su mismo Hijo y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez, trayéndole en sus brazos. De aquí procedió la grande admiracion de las jerarquías celestiales, cuando dijeron: *¿Quién es esta que sube del desierto llena de deleites, arrimada á su Amado* (4)? Como si dijeran: *¿Quién es esta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando no en sí misma ni en los Angeles, sino en su Amado? De esta ma-*

(1) Cant. III, 4.—(2) Serm. de Assumpt. Virg.—(3) Judith, xv, 10.—(4) Cant. VIII, 5.